

*enemigo no diga: Yo he prevalecido contra él.*¹ Concededme en premio de la preparación que habré hecho anticipadamente la gracia de bien morir, á fin de que una santa muerte sea con el tiempo para mí la prenda de la bienaventurada eternidad!

ARTÍCULO II

ORDEN DEL RETIRO

Después de haber expuesto los motivos que nos obligan á hacer este retiro de preparación para la muerte, creo muy útil, antes de comenzarle, indicar el orden que convendrá observar en él. El que me parece más natural, es ir siguiendo, conforme se producen, las diversas circunstancias de todo lo que pasa en el lecho de un moribundo. Podremos, pues, arreglar como sigue nuestros ejercicios: diremos, en primer lugar, de qué modo debe un cristiano recibir la primera nueva de la muerte próxima; haremos el examen de nuestra vida pasada y del estado presente de nuestra alma; porque en ese momento supremo, el cuadro de nuestra vida es el primer objeto que se presenta á nuestra vista. Para corregir

¹ Sal, 12. 4.

los defectos que notemos, purificaremos nuestra conciencia en el sacramento de la reconciliación, al cual nos acercaremos como si fuese la última vez de nuestra vida. A fin de afirmar en nuestra alma la gracia recibida con la remisión de los pecados, y de fortalecerla contra las últimas luchas de la agonía, recibiremos en espíritu el Santo Viático y la Extremaunción; por ese piadoso ensayo, nos prepararemos para recibir realmente y con más fervor el de estos dos sacramentos al fin de nuestra vida. Luego, como si estuviésemos en la agonía, y prelu-diando en alguna manera ese grande y decisivo combate, nos dedicaremos con anticipación á practicar los actos de las virtudes cristianas que debemos mostrar á la hora de la muerte.

He añadido á continuación de este orden de ejercicio una consideración que puede servir para la meditación de la mañana, ó para la lectura espiritual del día, la cual puede omitirse si no hubiese tiempo suficiente para tenerla.

PRIMER EJERCICIO

Cómo debe un cristiano recibir el primer aviso de una muerte próxima.

En primer lugar, abandonada cualquiera otra ocupación, disponed conve-

nientemente vuestro aposento á fin de que nada pueda distraeros; al contrario, que todo favorezca allí el recogimiento de vuestra alma en su aplicación al importante asunto de su retiro. Leed en seguida los avisos que se encuentran al fin del sexto ejercicio.

Estando de rodillas en vuestro oratorio, y teniendo en las manos la imagen del Hombre Dios crucificado, figuraos que el ángel de la guarda os anuncia vuestra muerte próxima en estos términos: "He aquí lo que dice el Señor. Poned orden en vuestra casa, porque morireis¹ el día de hoy. El término de vuestra vida ha llegado para vos. El juez está delante de vuestra puerta.² Dad cuenta de vuestra administración."³

A esta nueva, con el corazón contento y el rostro sereno, responded con una expresión de alegría, como lo debereis hacer algún día, cuando el médico ó vuestro confesor os hagan la misma advertencia, y decid con el profeta real: "Héme aquí, Señor, soy vuestro siervo, mi vida está en vuestras manos; sacad mi alma de la prisión de mi cuerpo para confesar vuestro nombre. Me he regoci-

¹ Isai 38 1.

² Sant. 5. 5.

³ Luc. 16. 2.

jado cuando se me ha dicho: "Vamos á la casa del Señor."

En seguida, con el mismo sentimiento de acción de gracias, recitad el *Te Deum*, ó el Salmo *Laudate Dóminus omnes gentes*,¹ para dar gracias á la bondad divina por haberos dejado llegar al día que debe poner término á vuestros pecados y haberos colocado en la feliz necesidad de amar á Dios por toda la eternidad. Después, unid á esos primeros afectos los actos siguientes:

¡Gran Dios, y soberano Señor de la vida y de la muerte, que habeis ordenado en vuestros inmutables decretos que todos los hombres mueran una sola vez,² en castigo de sus pecados, yo me someto á vuestra ley, y acepto voluntariamente con la conformidad más perfecta la muerte que mi culpable rebelión ha merecido tantas veces. Mi naturaleza tiembla con la idea de una dolorosa separación, mas yo os ofrezco esta misma repugnancia que siente mi debilidad, y me entrego enteramente en el seno de vuestra divina Providencia.

Moriré, pues ¡oh Dios mio! en el tiempo y lugar y de la manera que quisiereis. Si me reservais una muerte penosa, precedida de largos sufrimientos y de crue-

¹ P. S 116.

² Hebr. 9. 27.

les dolores, beso vuestra mano paternal; y que vuestra voluntad se cumpla. Cortad y quemad aquí abajo, *con tal que me perdoneis en la eternidad. Señor, mi cuerpo y mi vida son vuestros; y pues teneis en mí y en todo lo que me pertenece soberano dominio, haced de mí lo que os plazca. Quiero repetir después de Jesucristo en el jardín de los Olivos y con el mismo abandono: "Padre mío, cúmplase vuestra voluntad y no la mía."*¹

Moriré voluntariamente y con la misma intención que tuviese Jesucristo cuando murió por mí, así como la Santísima Virgen y todos los santos á la hora de su muerte, es decir, por amor de Dios, de Jesucristo y del prójimo. Moriré á fin de no ofender más á Dios, y para entrar en la dichosa mansión en la cual no podré cesar de amar la bondad misma, á fin de ser más semejante á Jesucristo que se dignó también sufrir la muerte; á fin de no ser un peligro y una carga para los otros con mis escándalos, mi culpable conducta, mis enfermedades y mis achaques.

Moriré por obediencia, porque Dios lo ordena; por un motivo de humildad, queriendo ser reducido á cenizas y como á

¹ Luc. 22. 42.

la nada; queriendo ser para todos mis semejantes un objeto de horror, indigno de permanecer aún sobre la tierra y de ser contado en el número de los hombres. Moriré con un sentimiento de reconocimiento por todos los beneficios de que he sido colmado; porque, ¿qué puedo yo devolver al Señor por todo lo que me ha dado sino mi vida presentándome voluntariamente á la muerte? ¡Ah! ¡que no pueda yo expirar haciendo por vos ¡oh Dios mio! actos de virtudes tan fervorosas como jamás fuera concedido á ningún santo el hacerlos á la hora de la muerte!

No hay mejor medio para llevar á cabo esos actos con tierna piedad y con mucho fruto en el artículo de la muerte, que el haber contraído el hábito por un frecuente uso, durante el curso de nuestra vida. Agregó aquí otra recomendación que me parece muy útil: Resérvese algún objeto para regalar á título de reconocimiento á la primera persona que nos advierta cuando estuviéremos en peligro de muerte. Tal generosidad tiene una doble ventaja; nos dispone á nosotros mismos á recibir con calma la terrible noticia, é impide los tímidos disimulos y demoras que pondrían las personas de nuestra casa en informarnos del fin próximo de nuestra vida.

En efecto, esta demora es frecuentemente un gran perjuicio y desgracia para los enfermos á quienes no se hace conocer su peligro, la necesidad de poner orden en su conciencia y lo urgente que es recibir los últimos sacramentos, hasta que privados del uso de los sentidos y de su razón, ya no son capaces de nada y sólo están para expirar.

SEGUNDO EJERCICIO

Examen de nuestra vida pasada y del estado presente de nuestra alma.

El espectáculo que se presentará á nuestro espíritu en el tiempo de la última enfermedad, luego que nos advirtieren del peligro de la muerte, será la imagen de toda nuestra vida, cuyos rasgos se nos presentarán fiel y distintamente manifiestos como en un espejo, y producirán en nuestra alma una impresión muy diferente de la que sentimos ahora cuando tratamos de hacer un examen de nosotros mismos. Es, pues, muy útil considerar cuanto antes con seria atención este cuadro de nuestra vidas.

En primer lugar, penetrémonos vivamente del pensamiento de que antes de terminar este día no estaremos ya en

este mundo; lo que en efecto puede ciertamente suceder; hagamos en seguida el firme propósito de pasar este día, que será tal vez el último de nuestra vida, con gran fervor, y de ocuparnos únicamente de la obra tan necesaria, tan útil y tan fácil de nuestra preparación para la muerte; apliquemos, en fin, toda la atención de nuestro espíritu á las preguntas siguientes:

Primera pregunta.—¿*Cómo he vivido yo?* La ropa de la inocencia, que recibí en el bautismo, ¿la he conservado mucho tiempo sin mancha? Si he tenido la desgracia de mancharla por el pecado mortal, ¿la he purificado en seguida por una sincera penitencia? Mis confesiones ¿han sido enteras, han sido buenas? De tantos años que he vivido, ¿he pasado algún mes, ó un día, sin pecar? ¿He dado solamente una hora entera á Dios y á la salvación de mi alma? ¿Con qué intención he hecho mis acciones ordinarias? ¿Qué he buscado yo por tantos cuidados y fatigas? ¿A qué fin he dirigido mis trabajos, mis fuerzas y mi tiempo? ¿He tenido presente á Dios, la eternidad, mi alma, ó bien la ociosidad, la vanidad y el demonio? ¿Qué he hecho yo por Dios? ¿Qué he padecido por el cielo? En toda mi vida, ¿he hecho alguna acción heroica de virtud? ¿He salvado algún alma?

¿He impedido una sola ofensa á Dios?
 ¡Ay de mí! mi infidelidad me obliga á gemir por mí mismo y á exclamar lleno de confusión: "*Mis días han pasado,¹ Señor, y no han visto ningún bien² en mí: he tenido meses vacíos.³*" Vacíos de méritos, mas llenos de pecados; he gastado gran parte de mi vida en hacer lo contrario de lo que debía.

Examinemos, pues, primero, en qué pecados caemos más frecuentemente, cuál es nuestra pasión, nuestro afecto dominante; de qué procede, y qué remedios conviene oponerle. Porque, si descuidamos en el examen particular la busca y aplicación de los medios de destruirle, sin duda el demonio, en nuestra última hora, se servirá de él como de un lazo para prender nuestra alma.

2.^a ¿Qué acción, ó qué omisión, nos dará más inquietud en ese instante, cuando estando para salir de este mundo veamos la eternidad entreabrirse delante de nosotros? Lo que responderemos al sagrado Juez cuando su Majestad nos pida cuenta de tal ó cual cosa en particular.

3.^a ¿Cómo desearíamos entonces haber vivido; con qué intención y perfec-

¹ Job. 17. II.

² Job. 9. 25.

³ Job. 7. 2.

ción querriamos haber hecho nuestras acciones diarias? Véamoslo en seguida: ¿Tendremos pesar si, dirigiendo una mirada á nuestra vida pasada, reconocemos haber consagrado la mayor parte de ella á la piedad? ¿Aprobaremos, en tal caso, la conducta que observáramos? ¿De qué nos servirá en ese momento haberlo concedido todo á los sentidos y al cuerpo; haber tenido con abundancia las comodidades de la vida, y haber sido elevados como los demás? Al contrario, ¿qué perjuicio nos resulta de haber llevado por amor de Dios una vida pobre, abyecta y mortificada? ¡Ah! no habrá más que un dolor en la muerte: el haber vivido con tibieza; no habrá más que un consuelo: el haber trabajado continuamente y padecido mucho por Dios y por nuestra alma. Apresurémonos, pues, á practicar este sabio consejo de Tomás de Kempis: "Aplicaos constantemente á vivir de tal manera que á la hora de la muerte tengáis más bien motivo de regocijaros que de temer"¹.

Segunda pregunta. — ¿Cómo moriré?
 ¿Querria yo dejar de vivir en el estado en que me encuentro? ¿No tengo ahora nada que grave mi conciencia? ¿Estoy pronto á morir, á presentarme ante el divino Juez

¹ Imit 1. 1, ch 23.

y á darle cuenta? "El hombre irá á su eternidad"¹, yo debo ir también como los otros, y más pronto de lo que pienso: pero ¿á qué eternidad? ¿á la eternidad dichosa ó á la eternidad desgraciada? ¿Qué puedo yo esperar de mi pasada vida? Esta continua inconstancia, esta alternativa de bien y de mal, de tibieza y de fervor, de la cual soy juguete, ¿me dan segura confianza en la perseverancia final?

El árbol caerá del lado á que le incline el peso de sus ramas y sería una especie de prodigio que por sí mismo cayese al mediodía cuando se inclina hacia el norte. Mi vida ¿tiene su dirección hacia el cielo ó se inclina hacia el infierno? ¿Qué camino he seguido? ¿El camino estrecho con el pequeño número, ó el camino ancho con la multitud? Sería un milagro si, á la hora de la muerte, llegásemos á las puertas de la celestial Jerusalén, después de haber caminado toda la vida á grandes pasos hacia la infiel Babilonia; si muriésemos con santas disposiciones después de haber vivido en la tibieza y en el pecado.

¿Cómo, pues, moriré yo? ¿Cuál es el estado presente de mi alma?

1.º ¿Está mi alma revestida de la

¹ Ecle., 2. 5.

ropa nupcial y adornada de la gracia santificada? ¿Qué responde mi conciencia?

2.º ¿Tengo yo motivos razonables de esperar que superaré la última tentación por la cual Satanás trabajará con todo su poder para hacerme caer al fin de mi vida en tal falta de la cual he contraído el hábito? ¿He hecho alguna vez una obra buena tan extraordinaria que pueda inspirarme la firme esperanza de la perseverancia final y de la gloria celestial? ¿He expiado por las obras de penitencia y con una pronta satisfacción las deudas que he contraído por mis pecados? ¿Evitaré las llamas del purgatorio? ¡Oh! ¡cuán dichoso y sabio es aquel que trata de ser en seguida como quisiera ser á la hora de la muerte!¹

Después de estas reflexiones, prostrados á los pies del Crucifijo, excitémonos al dolor de nuestras faltas pasadas, tomemos resoluciones particulares, con la promesa expresa de ser fieles á ellas: escribámoslas, para asegurar mejor su ejecución. Propongámonos ganar sobre nosotros mismos alguna victoria considerable, ó cumplir sin tardanza el acto heroico de virtud que nos pide la inspiración interior y cuyo mérito será para

¹ Imit. 1. 1, cap., 23.

nosotros motivo fundado de esperar la dicha eterna. Con esta intención, apliquémonos á conocer cual es esta victoria, este acto heroico que el Señor espera de nosotros y qué criatura desea nuestro Señor que le sacrifiquemos. Nuestra docilidad á la voz divina nos procurará gran consuelo á la hora de la muerte.

TERCER EJERCICIO

Visita al Santísimo Sacramento

Después de este examen dirijámonos á la iglesia para adorar á nuestro Dios oculto en la Eucaristía; prosternados delante del divino trono de este Amor, haremos los actos siguientes, que nos será muy útil repetir en el curso de este día consagrando nuestra preparación á la muerte. Si la dificultad del tiempo ó del lugar no nos permite ir á la iglesia, podemos permanecer en casa y hacer el mismo ejercicio arrodillados en nuestro oratorio. Hé aquí, pues, los actos de las virtudes cristianas que debemos llevar á cabo en esta circunstancia.

Acto de fe. Yo creo, Señor, que moriré, que seré juzgado y salvado ó condenado eternamente; y lo creo porque sois la verdad eterna y lo habeis revelado.

Acto de humildad. Yo me humillo ante vos ¡oh Dios mio! y me arrojé en el abismo de mi nada. Yo he sido nada, ahora soy un pecador; muy pronto será un cadáver horroroso, pasto de los gusanos, ceniza y polvo, y tal vez ¡ay de mí! sea una víctima destinada al fuego del infierno. Yo no merezco ver la luz, ni gozar aún del tiempo y de la vida, de la cual he abusado tan indignamente.

Acto de dolor. ¡Oh mi soberano Bien y Autor de mi ser, me arrepiento de haberos ofendido! Yo debía emplear toda mi vida en vuestro servicio, y no encuentro una sola hora en la cual haya vivido totalmente para vos. Pecador rebelde, la muerte se me debe justamente, y yo la acepto en castigo de mis pecados, á fin de llegar muy pronto á la mansión dichosa en la cual no podré pecar más.

Acto de esperanza. Yo espero ¡oh Dios mio! que me concedereis el perdón de mis pecados, la gracia de la perseverancia final en el artículo de la muerte, y, en fin, la bienaventurada eternidad. Y lo espero porque vos lo habeis prometido á todos aquellos que hicieren lo posible para ser dignos de ello, porque sois infinitamente fiel en vuestras promesas y poderoso para cumplirlas. Y por esto, poniendo toda mi confianza en vuestra gran misericordia y en los méritos

tos infinitos de Jesucristo mi salvador, estoy resuelto, para merecer estas gracias, á hacer, sobre todo el día de hoy, en este piadoso ejercicio de preparación á la muerte, todo cuanto pueda, porque con ardor deseo llegar á poseeros eternamente.

Acto de amor. Yo os amo, Señor, únicamente por vos, porque sois infinitamente bueno é infinitamente amable. Os amo más que á mi vida, más que á mi cuerpo y que á todos los bienes de este mundo, y consiento de todo mi corazón en ser privado de ellos por la muerte á fin de que, desprendido de los lazos de la carne, pueda amaros más perfectamente con todas mis fuerzas en compañía de los santos en el cielo.

Acto de deseo. Yo os deseo como á mi último fin. Y suspiro por la dicha de veros y de sentir los deliciosos abrazos de vuestra caridad eterna. ¡Oh dichosa hora aquella en la cual, libre ya de este cuerpo perecedero, salga de esta frágil mansión para veros cara á cara, ¡oh fuente de felicidad! y para vivir eternamente en las delicias de vuestro santo amor!

Acto de acción de gracias.—¡Oh ser infinitamente grande! os doy gracias por todos los beneficios de que habeis colmado con tanto afecto á esta tan débil criatura, durante el curso de su vida; os

doy gracias sobre todo por no haber permitido que fuese herido de muerte súbita inmediatamente después de haber pecado; y por haberme concedido, tan indigno como soy, el tiempo de prepararme para la muerte; porque no habeis tenido la misma clemencia para con muchos otros mejores que yo, á quienes la muerte, por un profundo designio de vuestra justicia, ha sorprendido en su iniquidad, antes que hubiesen pensado en su preparación. Dios mío, si hubiese muerto en ese estado, ya estaría ardiendo ahora en las llamas eternas. Mientras yo cometía el mal, vos habeis reprobado á otros, y me habeis perdonado á mí: sí, *“yo cantaré eternamente las misericordias del Señor.”*

Renovemos la firme resolución de ocuparnos durante este día de retiro, con el mayor fervor, en la obra de nuestra preparación para la muerte. Consagremos este día á Jesucristo muriendo por nosotros. Tomemos por patronos particulares de la buena muerte y de la preparación que queremos hacer á la santísima Virgen, á San José, á San Miguel, á nuestro Angel de la guarda, á San Francisco Javier y á Santa Bárbara. Conjuremos á estos santos patronos para que nos obtengan por su intercesión: 1.º La gracia de hacer con fruto nuestro retiro de pre-

paración para la muerte. 2.º La de recibir con piadosas disposiciones los santos sacramentos. Supliquémosles también que nos asistan en nuestra última hora. Por último, después de habernos recomendado con insistencia á su poderosa protección, dediquémonos con serio cuidado á la importante acción que debe ocuparnos en el ejercicio siguiente.

CUARTO EJERCICIO

Confesar como si fuese la última vez de la vida.

La mejor y más esencial preparación para la muerte consiste en purificar bien nuestra alma por una buena confesión; porque de esta confesión pueden depender nuestra salvación y nuestra dicha eterna. Conviene, pues, hacerla con todo el cuidado y la atención que pondríamos si fuese la última de nuestra vida, y como si el divino Juez nos pidiese la cuenta severa en el acto de su terminación. He aquí las condiciones necesarias:

1.º Abramos con abandono perfecto nuestra conciencia á nuestro confesor, para que éste pueda ver como en un espejo fiel el estado de nuestra alma tal cual se manifestará el día del juicio á la faz del universo. Para descubrir nuestras

faltas al ministro sagrado, sirvámonos si es posible de las mismas expresiones que el demonio empleará un día cuando sostenga su acusación contra nosotros en el temible tribunal.

2.º Excitémonos cuanto nos sea posible á los sentimientos del más profundo dolor y de perfecta contrición.^a

3.º No nos detengamos en la resolución general, apliquémonos sobre todo á buscar los defectos particulares que tenemos que corregir, escogiendo uno ó dos pecados cuando más, entre los que tengamos por el principio y fuente de los otros, ó por capaces de arrastrarnos á los más graves pecados; propongámonos poner todo nuestro esmero en evitarlos en adelante; por ejemplo, en el intervalo de una confesión á otra, así como renovar cada día nuestro buen propósito, á fin de asegurar su cumplimiento. Tomemos entre los santos un Patrón que nos procure con su ayuda la gracia de triunfar de tal vicio en particular que estamos resueltos á combatir.—Este aviso es muy importante, y si somos fieles en observarlo llegaremos á reformar en poco tiempo toda nuestra vida.

4.º Cumplamos de buena gana, sin

^a Ya he expuesto en el medio 2.º, artículo 3, diversos motivos muy propios para excitarnos á los santos afectos de una sincera penitencia.